

La petición del ACNUR no debe caer en saco roto. México siempre fue tierra de asilo. Es hora de abrir otra vez las puertas y los brazos.



Sólo existen aquí siete donadores de órganos por cada millón de personas

■ 36

Matan en Irak a ocho soldados de EU; van 68 tan sólo en junio

THE INDEPENDENT Y AGENCIAS

■ 28

RENOVACION



La Unión Europea superó por fin la crisis en la que se mantuvo por dos años, al sentar ayer, luego de 36 horas de intensas negociaciones, las bases de un nuevo tratado para reemplazar la Constitución que la rige. En la imagen, la canciller alemana Angela Merkel, presidenta en turno de la entidad multilateral, recibe un ramillete de flores del titular de la Comisión Europea, José Manuel Barroso ■ Ap

■ 26

columnas

NAVEGACIONES • PEDRO MIGUEL	4
DOMINGO • ENRIQUE GALVÁN OCHOA	6
BAJO LA LUPA • ALFREDO JALIFE-RAHME	14
LOS DE ABAJO • GLORIA MUÑOZ	18
A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER	18

opinión

JOSÉ AGUSTÍN ORTIZ PINCHETTI	6
GUILLERMO ALMEYRA	22
GUSTAVO IRUEGAS	22
ARNALDO CÓRDOVA	23
ROLANDO CORDERA CAMPOS	23
JOSÉ ANTONIO ROJAS NIETO	25
ANGELES GONZÁLEZ GAMIO	34
CARLOS BONFIL	8a

POR LA DIVERSIDAD Y LA TOLERANCIA



Ayer se efectuó en Guadalajara, Jalisco, la marcha del orgullo lésbico-gay, en la cual los participantes exigieron el respeto a los derechos humanos de estos grupos de la población y el fin de la discriminación social y laboral de que son víctimas algunos debido a su preferencia sexual. En Berlín, Alemania, se conmemoró el 29 festival Christopher Street Day, en el cual participaron unos 400 mil homosexuales y lesbianas ■ Notimex

■ 37

EJE CENTRAL

Rumor de mar

CRISTINA PACHECO

“**H**ay cosas que no se hicieron para nosotros”. Con esa frase lapidaria mi padre quería evitarnos la frustración de no poder ni disfrutar lo que otros niños tenían. Para liberarnos de semejante condena, mi madre afirmaba: “No les digas eso. Las cosas llegan tarde, pero llegan”.

Tenía razón. Nunca faltó la prima que, harta de su impermeable, nos lo obsequiara en pleno invierno, cuando no caía ni una gota de lluvia. Veíamos una película meses después de que su estreno había causado sensación en el cine Roble o en el Metropólitan. Comprábamos pan dulce sólo cuando el panadero lo distribuía en las charolas señaladas con el aviso: “Pan de ayer”.

En relación con la otra parte de la humanidad íbamos siempre fuera de tiempo, aunque la obsesión de mi tío Rafael —nuestro permanente huésped— fuera la exactitud de reloj. Al volver de su trabajo lo primero que hacía era sintonizar el radio en la XEQK, la estación de la hora, para asegurarse de que nuestro Westclox

marchara a tiempo. Excepto las naranjas y los plátanos, el resto de las frutas estaban en la lista de las cosas lejos de nuestro alcance.

Para mi madre era inexplicable que, cuando nos mandaba al mercado, mi hermana Ligia y yo nos tardáramos horas. Nunca le confesamos que todo ese tiempo lo dedicábamos a mirar las frutas inalcanzables —higos, mangos, peras y cerezas— y a imaginarnos su sabor.

II

El término “vacaciones” resulta fundamental en la lista de experiencias que “no eran para nosotros”. Cuando terminaban las clases, mientras nuestros vecinos se iban de viaje, mi hermana y yo cambiábamos la rutina de la escuela por la doméstica: “Lavar, verbo de la primera conjugación; barrer, de la segunda”...

Como no teníamos tarea, por las tardes, nos convertíamos en el azote de “Pacífica”, la colonia vecina a nuestro barrio. Allí abundaban las ca-

das de una sola planta con jardincitos frontales, rejas blancas y timbres que oprimíamos con saña para después echarnos a correr, satisfechas de nuestra estúpida travesura, indiferentes a las amenazas que nos lanzaban los colonos.

De la “Pacífica” sólo respetábamos la casa del doctor Leopoldo Sánchez. La placa metálica junto a la puerta era el escudo que la protegía de nuestras impertinencias. Un domingo, a punto de que terminaran las vacaciones, encontramos a un hombre en cucullas podando un rosal del jardín. Nos miró de reojo: “Conque se dedican a tocar timbres, ¿eh?... Las he visto y me da lástima que no se les ocurra hacer algo menos tonto y más divertido”.

Ligia y yo quedamos petrificadas. El hombre se levantó y se quitó el sombrero para abanicarse: “Aunque esté pardo, el sol de invierno quema; pero si se va uno a la sombra se muere de frío... O será que estoy viejo”. Permanecimos calladas; él se acercó y nos tendió la mano: “Soy Darío. Ustedes, ¿cómo se llaman?” Huimos sin contestarle.